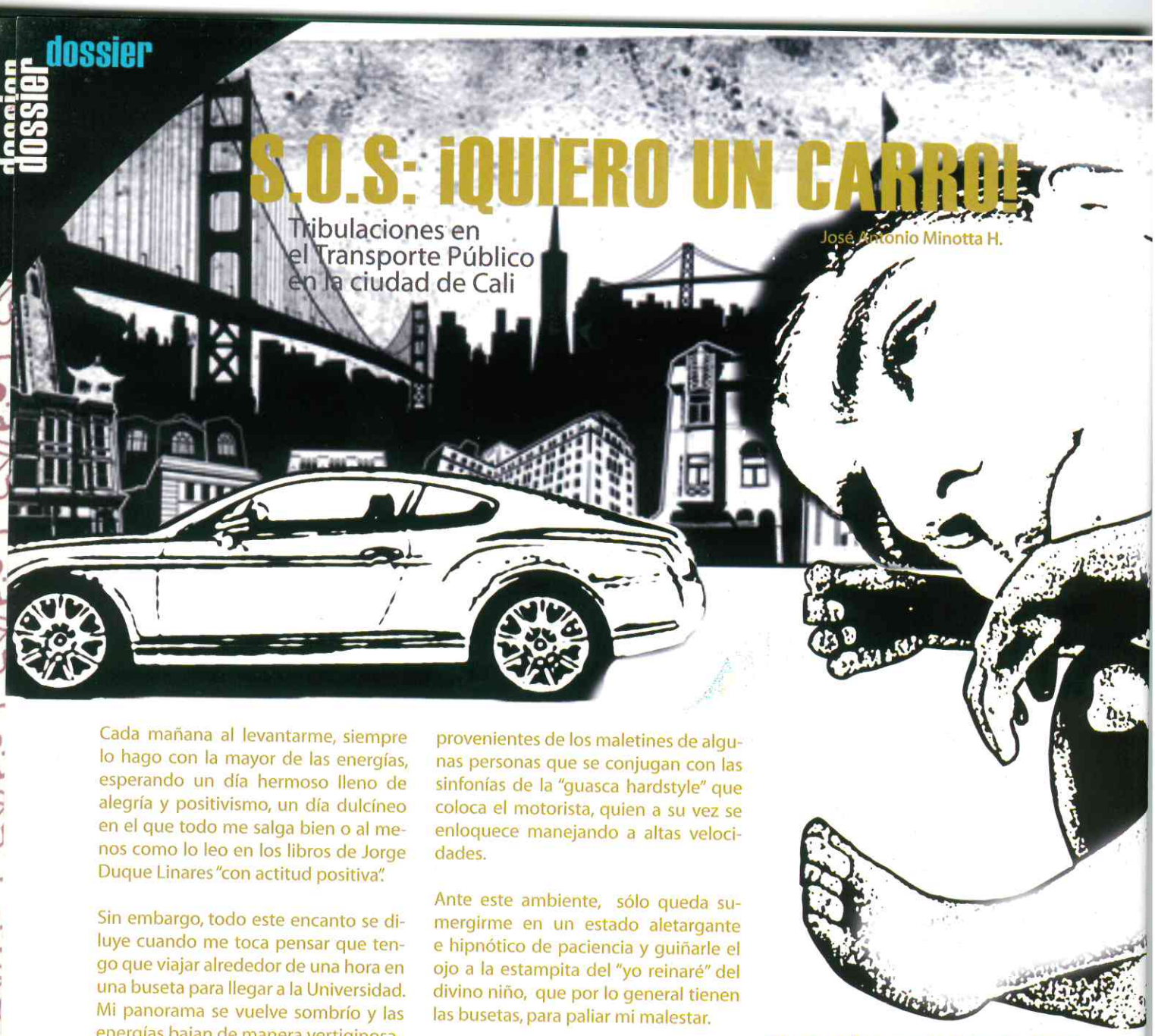
S.O.S: ¡QUIERO UN CARRO!

Tribulaciones en el Transporte Público en la ciudad de Cali

José Antonio Minotta H.



Cada mañana al levantarme, siempre lo hago con la mayor de las energías, esperando un día hermoso lleno de alegría y positivismo, un día dulcíneo en el que todo me salga bien o al menos como lo leo en los libros de Jorge Duque Linares "con actitud positiva".

Sin embargo, todo este encanto se diluye cuando me toca pensar que tengo que viajar alrededor de una hora en una buseta para llegar a la Universidad. Mi panorama se vuelve sombrío y las energías bajan de manera vertiginosa.

Para empezar, mido aproximadamente 1.87 mts, razón por la cual mis piernas no caben de la manera adecuada en las sillas y toca sentarme de lado o adoptar una posición fetal para tener algo de comodidad. Viajar en buseta se vuelve algo similar a lo que yo llamaría la marcha mortuoria o el infierno de Dante.

De forma exponencial, la buseta se llena de manera impresionante, mientras en cada paradero el motorista ruge diciendo "háganse mas pa' atrás ole, colaboren…" a la vez que las ventanas cerradas hacen que se mezcle el pachulí de la gente y los bostezos calurosos con olor a café y aguadepanela, sumado a los aromas de los fiambres provenientes de los maletines de algunas personas que se conjugan con las sinfonías de la "guasca hardstyle" que coloca el motorista, quien a su vez se enloquece manejando a altas velocidades.

Ante este ambiente, sólo queda sumergirme en un estado aletargante e hipnótico de paciencia y guiñarle el ojo a la estampita del "yo reinaré" del divino niño, que por lo general tienen las busetas, para paliar mi malestar.

El panorama se torna poco alentador cuando se sale de noche y toca enfrentarse a los grandes trancones de las obras del MIO, en las que reina el desespero y la ansiedad de los motoristas por pasar rápido, ocasionando choques con otros vehículos y atropellos contra peatone.

Lo peor es que este tipo de situaciones no son nuevas y cada gobernante anuncia los grandes cambios en la mejoría del transporte público en Cali, a partir de la visión mesiánica que tienen del MIO, el cual les solucionará automáticamente todos los problemas.

Ante todo, lo más importante es educar y tomar medidas drásticas cuando ocurran abusos contra los pasajeros y no por raticos o cuando están frente a las cámaras de televisión promocionando lo buenos que son o para decir que hacen algo, como por lo general ocurre.

Por mi parte, ya estoy mamao de la guerra del centavo, de los calibradores que vuelven las calles de la ciudad una pista de carreras, de que se me encalambren las piernas, de los asientos chiquitos, del humillante butaquito o el escatológico y sucio cojín (que parece la camita del perro canequero) que le ponen a uno cuando no hay puesto, de la atarbanería de algunos motoristas y de muchas cosas que me hacen decir:

¡Quiero un carro!